

Del movimiento reformista a la insurrección: la izquierda paraguaya y el Nuevo Ideario Nacional (1929-1931)

From the Reform Movement to Insurrection: the Paraguayan Left and the New National Ideary (1929-1931)

Resumen

Este trabajo se propone recuperar la historia del Nuevo Ideario Nacional (NIN), nombre que sintetiza un movimiento político de la izquierda paraguaya surgido a finales de la década de 1920 y de breve existencia, pero que representó una experiencia política original en el país, tanto en sus aspectos programáticos más generales como en la estrategia política utilizada. De acuerdo con ellos, se hace difícil encuadrar este fenómeno en alguna de las corrientes políticas clásicas (anarquistas, socialistas y comunistas), aunque, obviamente, encuentre parte de su raíz en ellas. Ubicado dentro de la heterogénea gama de experimentos y movimientos políticos latinoamericanos surgidos al calor del fenómeno de la Reforma universitaria iniciada en Córdoba en 1918, el NIN fue el espacio aglutinador de un nuevo radicalismo obrero-popular que derivó en un movimiento insurreccional cuya acción más audaz fue la llamada Toma de Encarnación, el 19 de febrero de 1931, ciudad que por dieciséis horas fue convertida en “comuna libertaria”.

Palabras clave: Paraguay, Izquierda, Anarquismo

Abstract

The objective of this paper is to recover the history of the New National Ideario (NIN), a name that synthesizes a political movement of the Paraguayan left that emerged in the late 1920s and of short existence, but which represents an original political experience in the country, both in its most general programmatic aspects as well as in the identified political strategy. According to them, it is difficult to frame this phenomenon in any of the classic political currents (anarchists, socialists and communists), although, obviously, it finds part of its root in them. Located within the heterogeneous range of Latin American political movements and experiments that emerged in the process of the University Reform that began in Córdoba in 1918, the NIN was the uniting space for a new worker-popular radicalism that led to an insurrectional movement whose most daring action it was called Toma de Encarnación, on February 19, 1931, a city that for sixteen hours was converted into a “libertarian commune”.

Key words: Paraguay, Left, Anarchism

Fecha de recepción: 27 de mayo de 2020

Fecha de aceptación: 10 de julio de 2020

Del movimiento reformista a la insurrección: la izquierda paraguaya y el Nuevo Ideario Nacional (1929-1931)

From the Reform Movement to Insurrection: the Paraguayan Left and the New National Ideary (1929-1931)

Carlos Castels*

Introducción

Este trabajo se propone recuperar la historia del Nuevo Ideario Nacional (NIN), nombre que sintetiza un movimiento político de la izquierda paraguaya surgido a finales de la década de 1920 y de breve existencia, pero que representó una experiencia política original en el país, tanto en sus aspectos programáticos más generales como en la estrategia política utilizada. De acuerdo con ellos, se hace difícil encuadrar este fenómeno en alguna de las corrientes políticas clásicas (anarquistas, socialistas y comunistas), aunque, obviamente, encuentre parte de su raíz en ellas. Ubicado dentro de la heterogénea gama de experimentos y movimientos políticos latinoamericanos surgidos al calor del fenómeno de la Reforma universitaria iniciada en Córdoba en 1918, el NIN fue fruto de un contexto político y social caracterizado por la crisis del régimen liberal paraguayo y la emergencia del movimiento reformista en el sector estudiantil, aunque no reducido únicamente a él, y en el marco internacional del impacto generado por la Revolución Rusa y la reacción fascista en Europa.

Un régimen liberal en crisis permanente

En la historia económica del Paraguay, el período iniciado en la posguerra de la Triple Alianza (especialmente a partir de la década de 1880) y concluido a mediados de la década de 1960, es considerado como el período de predominio de la economía de enclaves¹. Se trató de la formación social que adquirió el país luego de la integración al mercado internacional y su inserción en la economía capitalista mundial, caracterizada por una apertura total al capital extranjero (Herken Krauer, 2011: 32).

Formada ideológicamente en una fuerte oposición al régimen político derrotado en la guerra (una autocracia que practicaba un fuerte intervencionismo estatal), la élite dirigente de la posguerra proyectó la reconstrucción del país como una “regeneración”, sobre bases político-ideológicas muy distintas al período anterior. La Constitución de 1870 fue el marco legal sobre el que se llevó adelante la serie de medidas socioeconómicas que dieron forma al Paraguay liberal. Siguiendo los principios liberales, el nuevo Estado paraguayo fue reconstruido “como un Estado limitado en cuanto a poderes y limitado en términos de funciones” (Bogado Tabacman, 1991: 74). El ejemplo paradigmático de la nueva situación se dio con la privatización de las tierras públicas (que representaban prácticamente la totalidad de las tierras del país) en 1885, que implicó la conformación de los grandes latifundios forestales y ganaderos y se transformó en la base de una reconfiguración total de su estructura económica, cuyas mejores tierras y sus recursos más rentables quedaron en manos de

* CONICET- Instituto de Investigaciones sobre Lenguaje, Sociedad y Territorio, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Formosa, Argentina. E-mail: carles1205@hotmail.com

¹ Por enclave entendemos “la empresa –societaria o unipersonal– que utiliza abundante capital, una tecnología más sofisticada que la utilizada en el país, cantidad de tierra, de mano de obra numerosa y barata, con vistas a abastecer a un mercado en gran escala (internacional) que por lo general dominan, y cuya finalidad es la máxima rentabilidad y expatriación de sus utilidades” (Campos Doria, 2010:130).

empresas de capital extranjero. Destacaron en este sentido el enclave yerbatero, el taninero y la industria de la carne, todos ellos en manos de unas pocas empresas de capitales argentinos, ingleses y norteamericanos².

Paralelo al proceso de enajenación de las tierras fiscales y la conformación de grandes latifundios, debido a la escasez crónica de fuerza de trabajo, el gobierno garantizó la supervivencia de formas coercitivas de sujeción de la mano de obra a las empresas latifundistas, manteniendo la tradicional forma del “enganche” por deudas. Mediante el mecanismo del “anticipo”, el pago en vales, el monopolio de la venta de artículos de primera necesidad en las tiendas de la misma empresa, etc., los trabajadores eran retenidos coercitivamente en los establecimientos forestales, quedando de esta manera a merced de las empresas, bajo la cual actuaban las autoridades paraguayas, con la manifiesta pérdida de soberanía (Campos Doria, 2010: 133; Barrett, 1988: 9). Al servicio de la retención coercitiva de la mano de obra en los lugares de trabajo se destinó toda una serie de leyes que criminalizaban las “fugas” o “huidas” de los trabajadores (Barrett, 1988: 7-8).

Este tipo de unidades económicas –conjuntos “cerrados” y débilmente integrados al resto de la economía nacional-, si bien implementaron tecnologías avanzadas y realizaron importantes inversiones en infraestructura (vías férreas, caminos, puertos, etc.), tuvieron un “efecto modernizador” muy limitado en el conjunto del país (Herken Krauer, 2011: 31-32). Esta preponderancia del sector externo en la economía repercutió en una crónica debilidad y fragilidad de los sectores burgueses locales, producto de una escasa y lenta acumulación de capital, con la consecuencia de un acentuado retardo en el desarrollo de la burguesía como clase dirigente. El sector comercial-financiero, por un lado, “dependía fuertemente de los agentes del capital extranjero” y estaba expuesto “a operar más bien en reducidas escalas, debido al aislamiento impuesto por la condición mediterránea del país”, mientras que la clase terrateniente, por su parte, se encontraba “apegada a los beneficios de la renta del gran latifundio y no a la ganancia proveniente del acceso al mercado interno y externo”. Por lo tanto, “en el ejercicio del poder político, tanto en los escenarios locales y regionales”, ni una ni otra tuvieron “la suficiente enjundia como para conformar un sistema de dominación plenamente hegemónico” y en el proceso histórico-político de “gestión de la dominación política nacional”, tuvieron “que compartir o disputar el control del poder con otros actores sociales y políticos, según las coyunturas” (Galeano, 2008: 16, 93).

Esto repercutió en una crónica fragilidad del sistema de dominación, que desencadenó una crisis política permanente, en la que ninguna facción gobernante pudo lograr estabilidad a mediano o largo plazo³. Mauricio Schwartzman (2011), desde el marxismo, lo planteó cómo la debilidad de la sociedad civil en el Paraguay, es decir, la inexistencia de una clase fundamental que llevara adelante la “dirección moral e intelectual” de la sociedad y construyera un “sistema hegemónico”. La “explotación imperialista”, según el autor, redujo la posibilidad de “formación de una burguesía nacional con cierto grado de desarrollo” y “creó

² Las más importantes eran: Carlos Casado S. A. (tanino), International Products Company (carne y tanino), Liebig's (carne), Societé Fonciere (carne), La Industrial Paraguaya SA (yerba mate y maderas), Domingo Barthe (yerba mate y maderas) y Matte Laranjeira (yerba mate), entre otras. A estas empresas debemos agregarle la anglo-argentina Compañía Mihanovich de Navegación, que monopolizaba el transporte fluvial paraguayo (principal medio de transporte) y de la cuenca del Río de la Plata.

³ Entre 1870 y 1936, sólo cinco presidentes pudieron cumplir su mandato íntegramente en tiempo y forma: Bernardino Caballero (1882-1886), Patricio Escobar (1886-1890), Juan B. Egusquiza (1894-1898), Eduardo Schaerer (1912-1916) y Eligio Ayala (1924-1928). A ellos podemos sumarle a Manuel Franco (1916-1919), muerto pacíficamente mientras cumplía el cargo, y José P. Guggiari (1928-1932), que lo abandonó por algunos meses para someterse a un juicio político a fines de 1931.

el predominio ininterrumpido de una sociedad política, en situación de crisis permanente, de crisis de autoridad, por el vacío de una hegemonía” (p. 57).

Esta “sociedad política” se configuró desde los comienzos de la reconstrucción del país en torno a dos partidos hegemónicos, sin diferencias programáticas de fondo, surgidos en 1887 a raíz de una división al interior de la facción gobernante: los seguidores del hombre fuerte en dicho momento, Bernardino Caballero. Los oficialistas se organizaron como Partido Nacional Republicano, luego Asociación Nacional Republicana (ANR), agrupación que pasó a ser mejor conocida como Partido Colorado. Los opositores se organizaron primeramente en el Centro Democrático, que poco tiempo después fue rebautizado como Partido Liberal (PL). La gran estabilidad y vigencia que demostraron estas organizaciones –que existen en la actualidad y siguen ocupando un rol hegemónico en la política paraguaya– oculta, sin embargo, una acentuada fragmentación y lucha interna. No obstante, en cierta medida contribuyeron en regimenter y disciplinar a gran parte de la sociedad paraguaya en torno a dos estructuras políticas jerárquicas y verticalistas. El poder político, que emanaba de los directorios de dichos partidos, se extendía a través de caudillos regionales o locales a sus clientelas campesinas, constituyéndose en una auténtica oligarquía, evitando así que la inestabilidad política permanente deviniera en conflictos sociales que pusieran en peligro el *statu quo*.

A pesar de que la Constitución de 1870 garantizaba el sufragio universal masculino y la convivencia política, la realidad fue muy distinta. Rebeliones y golpes de Estado fueron las formas clásicas de recambio en el poder, ya sea entre partidos o facciones rivales al interior de éstos. Los colorados gobernaron hasta 1904, cuando una “revolución” armada de los liberales los desalojó del gobierno. A partir de entonces, se sucedieron y disputaron por el poder diversas facciones del Partido Liberal, que protagonizaron otras dos guerras civiles, entre 1911-1912 y 1922-1923. Tanto en épocas de gobiernos colorados como de liberales (y cuando una relativa estabilidad política permitía el desarrollo de elecciones), hubo participación opositora en el Parlamento, siempre minoritaria, elegidos dichos representantes individualmente, a través de “pactos electorales”, en donde el partido gobernante cedía algunos distritos a la oposición. El voto fue “cantado” hasta 1911, cuando una ley electoral estableció el “voto secreto y escrito” y la utilización de urnas (que recién se efectivizó en 1918). Sin embargo, el sistema de voto distrital, la inexistencia de un registro o padrón electoral (que recién comenzó a crearse, de manera precaria, desde 1918) y la discriminación indirecta de los analfabetos (los electores debían escribir en un papel al candidato que elegían) eran hechos que conspiraban y dificultaban la realización de elecciones medianamente limpias y libres. El fraude y la manipulación (cuando no la violencia) constituían la regla, como bien lo demostraban los “pactos electorales” arriba mencionados (Bogado Tabacman, 1991: 96-99; Abente, 1989: 534).

Si bien las figuras de los caudillos militares fueron comunes en un escenario tan marcado por las intervenciones armadas, paulatinamente se fue imponiendo, especialmente luego del acceso del Partido Liberal al gobierno, una elite de carácter civil. Este proceso corrió paralelo a la progresiva profesionalización e institucionalización del Ejército, que tuvo como punto de inflexión fundamental la guerra civil de 1922-1923⁴. Los sucesivos avances en la profesionalización habían dado lugar a una hegemonía de los “coroneles”, oficiales

⁴ La guerra civil enfrentó a las dos facciones del Partido Liberal. Los “radicales” en el poder tuvieron que hacer frente a una insurrección militar de los “schaeristas” (seguidores del expresidente Eduardo Schaerer), apoyada a su vez por sectores del opositor Partido Colorado.

formados e influenciados por la “escuela prusiana” (a través de sus estudios en Chile y Argentina), cuya figura más destacada fue el coronel Adolfo Chirife. Éste se transformó en el líder militar de la insurrección contra el presidente interino Eusebio Ayala (de la facción “radical”), rebelión que fue apoyada por el dirigente liberal disidente Eduardo Schaerer. La prédica de Chirife y Schaerer tenía ribetes claramente autoritarios: apelaba a la jerarquía, al establecimiento de un orden disciplinado bajo un “partido nacional” que aglutinara bajo dirección militar a liberales disidentes, colorados y civiles independientes, para así terminar con la anarquía reinante en el país (Colman Duarte, 2002: 214). La derrota de los rebeldes implicó un fuerte retroceso de los “coroneles”: por poco más de una década y continuando el período iniciado especialmente desde 1912, la hegemonía civil se sostuvo. Más aún, se fue consolidando paulatinamente la separación entre la elite civil y el estamento castrense. Sin embargo, las ideas “chirifistas” no habían desaparecido. Como veremos posteriormente, el Ejército, en el marco de la expansión de las ideas nacionalistas y en el conflictivo contexto previo al estallido de la Guerra del Chaco, se constituyó, a fines de la década de 1920 en uno de los epicentros de la actividad conspiratoria de todas las organizaciones contrarias al gobierno liberal “radical” (Bogado Tabacman, 1991: 93).

Economía de enclaves y crisis política permanente fueron, pues, las características generales de la sociedad paraguaya en las primeras décadas del siglo XX. La economía de enclaves, cuyas bases se sentaron en la última década del siglo XIX vivió una fase expansiva a partir de la Primera Guerra Mundial, con un importante incremento de las exportaciones (especialmente de tanino), que tuvo su repercusión en el movimiento obrero paraguayo. Hasta entonces, el carácter cerrado y aislado de los establecimientos extractivos de los enclaves y el escaso desarrollo urbano e industrial había configurado un movimiento obrero prácticamente reducido a los pequeños talleres artesanales y manufactureros de Asunción. La mayoría de las asociaciones obreras, efectivamente, consistía en entidades de oficio artesanales o semi-artesanales, que por lo calificado de su trabajo y el reducido tamaño del mercado laboral contaban con cierta fuerza de negociación. Con el crecimiento del intercambio comercial, desde mediados de la década de 1910, un nuevo sector laboral emergió con fuerza y ganó protagonismo: los trabajadores del transporte fluvial. Constituidos también en sociedades de oficio, éstos lograron rápidamente federalizarse (especialmente con la constitución de la Liga de Obreros Marítimos) y se transformaron, a partir de la década de 1920, en la principal organización obrera del país.

La economía campesina, por su parte, que constituía la enorme mayoría de la población paraguaya, comenzó también a recuperarse. Se trató de un proceso lento y difícil, debido a las precarias condiciones del productor minifundista, divorciado de la propiedad de la tierra. La falta de mercados, el rudimentario sistema de transporte, etc., también contribuyeron al escaso desarrollo agrícola del país. Una sucesión de leyes específicas –“Ley de Colonización y del Hogar” (1904), “Ley del Homestead” (1918) y “Sobre la Creación, fomento y conservación de la pequeña propiedad” (1926)– funcionaron como paliativo a la concentración de la tierra y se transformaron en las vías institucionales que incidieron en la conformación de una economía campesina minifundista, extremadamente frágil y siempre al borde de la exclusión. Este campesinado, no obstante, tuvo un periodo de cierta y relativa “prosperidad” durante la década de 1920, mediante la expansión del cultivo del algodón (Galeano, 2008: 86-87).

Movimiento obrero, izquierda y sistema político en la década de 1920

La expansión económica iniciada a mediados de la década de 1910 generó cierta presión hacia el régimen liberal, exclusivo y elitista. Las demandas insatisfechas y la exclusión

política y económica se conjugaron en dicho contexto para otorgarle un carácter conflictivo al período.

Como muestra de este novedoso clima de conflictividad social la década de 1920 se inició con la que se transformaría en uno de los conflictos obreros más importantes de la historia del país: la huelga marítima de 1920-1921. Durante dicha huelga, que se extendió por más de un año, se produjo la emergencia en la escena nacional del ya mencionado sindicalismo fluvial, que se caracterizaba por un gran pragmatismo en su relación con el Estado y los partidos políticos tradicionales y por un acentuado recurso a acción directa, sea el sabotaje, el secuestro e incluso el ajusticiamiento de líderes “amarillos” o rompehuelgas. De hecho, el triunfo final de la huelga de la Liga de Obreros Marítimos (LOM) se logró luego de no menos de ocho enfrentamientos armados con la organización rival –la Federación Naval, contraria a la huelga– y el saldo de once muertos y numerosos heridos por ambos bandos (Rivarola, 2010: 241-244; Gaona, 2008: 108-115).

El resonante triunfo de la LOM, apoyada por la militancia socialista aglutinada en la Federación Obrera del Paraguay (FOP), la catapultó como la mayor entidad gremial del país, con un peso que excedió notablemente al ámbito sindical. La LOM, de esta manera, obtuvo no sólo mejoras en salarios y condiciones de trabajo sino un relativo “control sindical” en la contratación de trabajadores (que debían tener la “libreta” otorgada por el sindicato para trabajar en puertos y embarcaciones), alcanzando un peso corporativo completamente novedoso en la historia gremial del país.

Al mismo tiempo, la dirección de la LOM forjó un vínculo con la facción “radical”⁵ del Partido Liberal, del cual algunos referentes habían apoyado a la huelga (Rivarola, 2010: 241). Este vínculo se vería reforzado con el estallido de la guerra civil de 1922-1923: luego de casi un año de sangrienta lucha, el gobierno logró sobreponerse a una rebelión militar y contó con el apoyo de la LOM, que aportó tres batallones de marineros para su defensa (Rivarola, 2010: 252). Esta participación en la guerra civil (desatada por la interna en el partido gobernante) fue duramente criticada por los anarquistas, pero los socialistas y la LOM la justificaron bajo el argumento paradójicamente pacifista de “guerra a la guerra”, denunciando la “criminal sedición militar burguesa” e instando al gobierno a imponer la paz “cueste lo que cueste”⁶. En el proceso político que va de la huelga marítima de 1920-1921 a la guerra civil de 1922-1923 se constituyó una suerte de “alianza”, ambigua e inestable (más bien, un pacto de no agresión) vigente hasta fines de la década, entre el gobierno “radical” y algunos dirigentes “socialistas” (especialmente los de la LOM), que tuvo sus repercusiones, como veremos más adelante.

Habiendo superado la rebelión de un importante sector del Ejército, y conjurado el peligro que ello suponía, el gobierno radical comenzó una etapa de ciertas reformas que apuntaban a la estabilización de la situación política. El gobierno de Eligio Ayala (1924-1928) supuso un interregno de estabilidad en una década de gran conflictividad. Buscando reintegrar a los colorados al sistema político –se mantenían en una actitud abstencionista desde la guerra civil de 1922-1923– los radicales iniciaron conversaciones con un sector de dicho partido. Fruto de estas negociaciones, la ley electoral fue nuevamente modificada: la representación proporcional, ya establecida en 1916, se adecuaba ahora al caudal electoral partidario; se

⁵ A dicha facción pertenecieron los gobernantes liberales de la década de 1920: Manuel Gondra (1920-1921), Eusebio Ayala (1921-1923), Eligio Ayala (1923-1924 y 1924-1928) y José P. Guggiari (1928-1932).

⁶ LOM-FOP-PSR. *Manifiesto: Contra la sedición militar burguesa* (AG-09-05-019).

establecía el sistema de listas completas cerradas⁷ y se limitaba la representación a los dos partidos mayoritarios. Con la vuelta de un sector del coloradismo al sistema político, en 1928 se realizaron las primeras elecciones presidenciales con competencia real, en la que hubo una respetable participación electoral (Abente, 1989: 534).

El contenido de la reforma buscaba garantizar la estabilidad del régimen político mediante una apertura limitada sólo a la oposición tradicional, reforzando a su vez el carácter oligárquico del sistema en su conjunto. La representación no sólo se concentraba en los dos partidos tradicionales, sino que, al mismo tiempo, lo hacía en las cúpulas oficiales de éstos, que eran las que armaban dichas listas cerradas. Por fuera del sistema político legal quedaban pues, liberales disidentes (“schaeristas”), colorados abstencionistas y otras organizaciones políticas menores.

Una de las organizaciones menores era el Partido Socialista Paraguayo. Fundado en 1914 con el nombre de Partido Obrero, se trataba de un grupo de militantes -mayormente obreros- aglutinados en torno a la figura del tipógrafo Rufino Recalde Milesi. En 1916 adoptó el nombre de Partido Socialista y en 1919 lo cambió por el de Partido Socialista Revolucionario (PSR), en el marco de su participación en la Primera Conferencia Socialista y Obrera Panamericana, realizada en Buenos Aires (Rivarola, 1995: 546). A pesar de este intento de vinculación internacional, la agrupación nunca llegó a incorporarse oficialmente a la II Internacional. El PSR contaba con su brazo sindical, la Federación Obrera Paraguaya (FOP), que aglutinaba a las organizaciones obreras socialistas. El grado de vinculación de ambas entidades, bajo la égida de Recalde Milesi, era tal que hacía perfectamente intercambiables a dichos sellos.

Un momento bisagra en la historia del socialismo paraguayo fueron las elecciones legislativas de septiembre de 1923. Ante la abstención del Partido Colorado, el PSR se presentó a elecciones y debió haber obtenido la representación proporcional por la minoría, accediendo Recalde Milesi como primer diputado socialista del Paraguay. Pero el oficialismo le impidió asumir, negándole su banca en base a tecnicismos legales. Similar situación se repetiría en 1925, y ante el “ninguneo” del gobierno liberal (que ni siquiera se dio por enterado y asumió que sólo se presentó la lista oficialista), los socialistas, entre 1927 y 1928 (con la vuelta del Partido Colorado al sistema político), decidieron abandonar la fracasada estrategia política y “retornar al sindicalismo” (Rivarola, 1995: 548-551). Según Recalde Milesi, el PSR “se disolvió por traiciones y sabotaje político de algunos estudiantes y obreros afiliados pero manejados hábilmente en su seno por viejos políticos enemigos del proletariado” (Gaona, 2008: 281). Las maniobras oficiales y la propia debilidad del grupo conllevaron al fracaso del proyecto político, que nunca logró expandirse más allá de la figura de Recalde Milesi y siquiera llegó a convocar a la mayoría de los dirigentes sindicales “socialistas”. De hecho, la corriente sindical “socialista”, acrecentada notoriamente con la incorporación de los gremios marítimos de la LOM, se caracterizó por una fuerte impronta “sindicalista”, que no acompañó al pequeño PSR, sino que privilegió la actividad gremial, pragmática, de carácter “apartidario”, mucho más cercana en sus maneras al “sindicalismo revolucionario”, por entonces hegemónico en la Argentina. En este sentido, no resulta casual que, en la historiografía del movimiento obrero y en el recuerdo de los protagonistas, el

⁷ Anteriormente, si bien las listas también eran completas, estaban sujetas a posibles modificaciones por parte de los electores.

nombre que mejor definió a la corriente fue el de “reformismo”, término mucho más utilizado que “socialismo”⁸.

En la otra vereda y deliberadamente por fuera del sistema político, se encontraban las asociaciones obreras anarquistas. Éstas se encontraban reunidas en torno al Centro Obrero Regional Paraguayo (CORP), organizado en agosto de 1916. Al igual que su antecesora –la FORP (activa entre 1906 y 1914)– el CORP se definía por el anarcosindicalismo, pero entre ambas federaciones se había producido un quiebre generacional, siendo reemplazada la vieja guardia de gremialistas –muchos de ellos, inmigrantes– por una nueva camada de militantes nativos, a los que se sumaba un cierto grupo de jóvenes estudiantes e intelectuales pequeñoburgueses, como Leopoldo Ramos Giménez, ganados a la prédica ácrata mediante la fascinación que había generado la obra de Rafael Barrett.

En este sentido, el texto del Pacto federativo del CORP hacía por vez primera referencia a la realidad socioeconómica y política del Paraguay, denunciando la esclavitud en los “dominios feudales de las empresas explotadoras de la riqueza del país” y las “sangrientas revoluciones intestinas que a nada conducen sino al debilitamiento de la masa proletaria”. El CORP llevaba a cabo, de esta manera, el primer análisis social concreto de la realidad paraguaya, alejándose abiertamente de los documentos teóricos y programáticos preexistentes, mayormente constituidos por meras reproducciones de documentos extranjeros. El CORP se justificaba, en base al análisis realizado, como “organización obrera de resistencia” frente a la forma que había asumido la opresión capitalista en el país⁹.

Más allá de esta división formal del movimiento obrero y de las disputas fraccionales al interior de la izquierda, conviene aquí distanciarse de una división simple entre anarquistas (acción directa, apoliticismo) y socialistas (reformismo y participación política). Las diferencias ideológico-programáticas entre ambas corrientes se concentraban fundamentalmente en el reducido núcleo de activistas militantes de las federaciones, pero resulta erróneo trasladarlas a las organizaciones federadas, en donde las diferencias se hacían más borrosas, dando lugar en muchos casos a “prácticas reivindicativas difícilmente identificables con una de ambas corrientes del pensamiento obrero de la época en forma excluyente” (Rivarola, 2010: 219). En este escenario de una amplia escala de grises, en verdad, se dejaba abierta la posibilidad para la expansión de nuevas tendencias y corrientes políticas.

La formación de una nueva militancia de izquierda (1924-1928)

Dos procesos internacionales de fuerte impacto, la Revolución Rusa de 1917 y el movimiento de la Reforma Universitaria de Córdoba en 1918, fueron fundamentales en la conformación de una nueva izquierda en el Paraguay.

Según informes de la Internacional Comunista, un primer grupo comunista se conformó en torno a los años 1922-1923, con la intención de participar de las elecciones legislativas de

⁸ En las historias de Francisco Gaona (2008), Ciriaco Duarte (1987) y en el informe de Yegros (AG-09-05-057), amén de otros muchos documentos, los dos términos son intercambiables, predominando siempre el de “reformismo”.

⁹ Pacto fundacional del CORP (AG 09-05-017).

dicho año, pero fueron reprimidos por la policía¹⁰. El grupo en ciernes logró cohesionarse luego con la fundación —el 15 de noviembre de 1924— de *Bandera Roja*, periódico que se autodenominó sección paraguaya de la III Internacional¹¹. En definitiva, el grupo fundaría formalmente el Partido Comunista Paraguayo (PCP) en 1928. Conformado mayormente por obreros artesanales y caracterizado por una heterodoxia doctrinaria, esta organización sufriría sucesivas intervenciones de la Comintern en 1926 y 1929 (año en que separarían al secretario general, Lucas Ibarrola, acusado de “chovinista” por negarse a seguir la línea antibélica definida por la Internacional Comunista), que repercutirían negativamente en su desarrollo (Rivarola, 2017: 212). El comunismo paraguayo se mantendría, en consecuencia, como un sector minoritario y marginal en el cuadro de las organizaciones de izquierda paraguayas hasta su reorganización durante la guerra del Chaco (1932-1935), con una militancia y un contexto muy diferentes.

El proceso de movilizaciones estudiantiles inspiradas en los principios de la Reforma de 1918 en la ciudad de Córdoba no tardó mucho en repercutir en el Paraguay. Influenciados por la “nueva hora americana” (la formación del APRA y, especialmente, la Revolución Mexicana), una “nueva generación” de jóvenes estudiantes del Colegio y la Universidad Nacional comenzaron a desplegar sus ideas en revistas cuyos mismos nombres hacían clara referencia a dicho proceso: *Juventud* (1923), *Minerva* (1925), etc. (Resquín, 1978: 53)¹². Para 1926 funcionaba, inspirada en una vieja tradición del anarquismo paraguayo, una “Colectividad de Librepensadores del Paraguay”, formada por jóvenes estudiantes y militantes obreros. En el heterogéneo espacio de esta “nueva generación” universitaria se entreveraban múltiples influencias. Junto a los referentes intelectuales más comunes al escenario latinoamericano como José Enrique Rodó, Rubén Darío, José Martí, Víctor Raúl Haya de la Torre o José Ingenieros, se sumaban en el escenario paraguayo figuras como Rafael Barrett y Juan Bautista Alberdi (Resquín, 1978: 25).

Esta juventud estudiantil “librepensadora” protagonizaría las grandes movilizaciones populares anticlericales que signarían la época, como en el caso de la ley de divorcio (1919-1920), que llegó a tener media sanción en diputados, pero fue frenada en la cámara de Senadores; y la ley de creación del Arzobispado (1928), finalmente aprobada. El obispo Juan Sinfiorano Bogarín, cabeza de la Iglesia paraguaya, recordaba en sus memorias a la juventud radicalizada, “de la que hacían parte los *librepensadores* con el nombre de ‘Educación y Ciencia’, en sus propagandas políticas no dejaban de atacar al Clero, a la Religión, a todo” (Bogarín, 1986: 108).

Más diversa fue la participación en la gran polémica suscitada en la política paraguaya en torno al proyecto presentado en el Congreso en 1926 que proponía la reivindicación de la figura del Mariscal Francisco Solano López, que desde 1871 era tenido jurídicamente como

¹⁰ *Correspondencia Sudamericana*, I, 2, 1926: 26-28, citado por Rivarola (2017: 209). Bogado Tabacman (1991) sostiene la hipótesis del surgimiento de este primer grupo a mediados de 1923, apoyándose en algunas referencias en la prensa de la época (p. 197).

¹¹ Firmaron el acta de fundación de *Bandera Roja*: Patricio Gómez, Andrés Ruiz Díaz, Agustín Duarte, Ramón L. González, José Giménez (ferroviario), José T. Núñez (panadero), Encarnación Sosa, Mamerto Gill, José T. Barrios, Cipriano Penayo, Cantalicio Gómez, Tomás Insfrán, M. Caballero, Remigio Vera, Juan Andrés Añasco (panadero), Juan Pablo Ayala (marítimo), Victoria Ayala de Gómez, José Santacruz, Cecilio Meza, Virgilio Alfonso, Artemio Vera, Robustiano Vera, Lucas Ibarrola, Ramón Mongelós (gráfico), Juan B. Ortiz y Sindulfo González (AG-09-05-021).

¹² Destacaban, entre muchos otros, Oscar Creydt, Obdulio Barthe, Francisco Sánchez Palacios, Hérib Campos Cervera, Ruperto Resquín, Augusto Cañete, Facundo Recalde, Reinaldo Martínez, Aníbal Codas, Sinfiorano Buzó Gómez, Arnaldo Valdovinos, etc.

“enemigo del género humano”. La intensa campaña ideológica despegada por nacionalistas y liberales dividió a la juventud estudiantil, cuyo sector más radicalizado todavía no había sido ganado por el nacionalismo, cosa que sucedería una década más tarde (Archivo del Liberalismo, 1988; Creydt 2007: 144-145).

En 1927 el sector más radicalizado de la juventud reformista se escindió de la Federación Universitaria y conformó la Federación de Estudiantes del Paraguay (FEP), que aglutinaba a estudiantes de diferentes niveles (secundarios y universitarios). Entre los integrantes de la junta directiva figuraban Oscar Creydt, Obdulio Barthe, Hérib Campos Cervera y Sinforiano Buzó Gómez, y entre sus voceros se encontrarían *La lucha, Rebelación* y, finalmente, *La Palabra*. El primer manifiesto del grupo, titulado “Mensaje a los Hombres de la Nueva Generación”, expresaba todavía preocupaciones más bien limitadas al ámbito de la reforma educativa, destacando el hecho de que no se autodefinían como “socialistas, ni comunistas, ni anarquistas, sino reformistas”, aunque consideraban que sus ideales eran concurrentes con las luchas reivindicativas de los trabajadores (Rivarola, 2010: 279). El movimiento de Reforma Universitaria se llevaría adelante en sucesivas luchas a lo largo de 1928, logrando que una primera ley (sancionada en 1926) sea reformada bajo revisión de los estudiantes Oscar Creydt, Horacio A. Fernández y Salvador Villagra Maffiodo y sancionada en 1929 (Resquín, 1978: 148-151; Artaza 1946: 172-173).

De todas maneras, el grupo se politizaría rápidamente, tendiendo puentes hacia el movimiento obrero. En junio de 1928, basándose en las resoluciones del I Congreso Internacional de Maestros realizado en Buenos Aires en enero de dicho año, se conformó la Universidad Popular del Paraguay (UP), con la colaboración entre la FEP y las organizaciones obreras socialistas (FOP-LOM), reunidas en la Unión Obrera del Paraguay (UOP). El documento programático, por influjo de los socialistas, definió el carácter “apolítico” de la institución, que impartiría enseñanza en todos los niveles (inicial, técnico-profesional y superior) con el objetivo de “emancipar la cultura de la política”, conformando un centro cultural y social que funcionara como nexo solidario entre estudiantes, maestros y trabajadores¹³.

El proyecto de la UP quedaría trunco al evidenciarse muy pronto las diferencias entre la juventud radicalizada y las organizaciones obreras socialistas, mucho más moderadas. Las actividades de extensión universitaria seguirían realizándose, pero en los locales de federaciones y organizaciones anarquistas, como zapateros, albañiles y pintores, mucho más abiertos al discurso radicalizado de los estudiantes, propiciándose de esta manera la conformación de comités barriales obrero-estudiantiles (Quesada, 1985: 62).

Ya en julio de 1928, un grupo de dirigentes estudiantiles –Creydt y Barthe, entre otros– participaba de la huelga de los trabajadores del Molino San Antonio, en la localidad de Villarrica, del interior del país. La intransigencia de la empresa, respaldada por el gobierno y las autoridades locales, desencadenó la reacción de los obreros ácratas que intentaron ajusticiar al administrador de la fábrica (Creydt, 2007: 146). En la represión posterior, estudiantes y obreros terminaron presos. Mientras el movimiento anarquista convocaba a mitines y movilizaciones de protesta, el silencio de las organizaciones socialistas ante el acontecimiento represivo manifestaba el recelo que sentían hacia el movimiento estudiantil.

¹³ “Bases de la Universidad Popular”, 04/1928 (AG-09-05-023).

La represión policial acentuó la oposición al gobierno por parte del movimiento estudiantil y profundizó su radicalización. Un manifiesto emitido por los jóvenes estudiantes presos en Villarrica denunciaba la instauración de una “dictadura liberal” y exhortaba a la Revolución Social que instaurara un nuevo orden, entregara las tierras a los campesinos y las fábricas a los obreros, y estableciera un sistema de “libre federalismo comunal”¹⁴.

Se daba, de esta manera, la conjunción entre destacados militantes anarquistas de distintos gremios (como el tipógrafo Ciriaco Duarte, el mecánico Alejo Flecha y los pintores Juan Deilla e Ignacio Soler Núñez, entre otros) y los estudiantes reformistas antes mencionados. Esta nueva aglutinación reavivó las disputas fraccionales con los socialistas, especialmente la LOM, que rechazó la “destrucción del CORP” por esta nueva camarilla “extremista” de rufianes descompuestos y “estudiantes revolucionarios de salones con zapatitos de charol”¹⁵. La denuncia de los socialistas, hasta entonces firmemente establecidos en las organizaciones obreras mayoritarias, expresaba un temor genuino ante un movimiento político que se avizoraba como un rival peligroso al interior de los sindicatos.

El Nuevo Ideario Nacional (1929-1930): un socialismo nacional y libertario

El intenso período de enfrentamientos fronterizos, iniciado con la toma boliviana del Fortín Sorpresa en febrero de 1927 (y especialmente la escalada iniciada por la captura paraguaya del Fortín Vanguardia, en diciembre de 1928), conformaron un contexto de fuerte propaganda patriótica y heroico-belicista ante el estallido inminente de la Guerra del Chaco.

Los conflictos sociales, políticos e ideológicos del período resultan inescindibles de este contexto bélico, que provocó un fuerte cimbronazo en la política paraguaya y que también repercutió en los países de la región. Ante los sucesos de diciembre de 1928, la LOM, siempre cercana a los “radicales”, se plegó sin resistencia a la movilización militar del transporte decretada por el gobierno paraguayo y las organizaciones socialistas denunciaron la “agresión boliviana” que puso al Paraguay “en situación de legítima defensa”¹⁶. Sólo algunos pocos anarquistas resistieron individualmente la militarización.

La Conferencia Antigüerrera, realizada en Montevideo en febrero de 1929, fue escenario protagónico de estas diferencias en el movimiento obrero y popular paraguayo. La misma UOP, en su llamado por un Congreso pacifista, adjudicaba al gobierno boliviano, al que caracterizaba como “tiranía militar oprobiosa”¹⁷, la exclusiva responsabilidad en la posible guerra. Las diferencias entre los representantes de la UOP socialista (Rufino Recalde Milesi, Francisco Gaona y José Barboza) y del CORP anarcosindicalista (Carlos Irala, Obdulio Barthe y Leopoldo Ruiz) se hicieron presente en la Conferencia, denunciando éstos que los miembros de la UOP se hallaban “en concomitancia con el gobierno del Dr. Guggiari”, incluyendo además algunas calumnias personales referidas a Francisco Gaona, al que se vinculaba al aparato represivo (Gaona, 2008: 253).

Durante todo el año de 1929, las articulaciones obrero-estudiantiles se fueron profundizando al calor de los nubarrones de tormenta que se avizoraban tanto en el terreno de la situación económica nacional e internacional y la inminente guerra con Bolivia. En un

¹⁴ “Desde la prisión. Al pueblo, en la hora de su despertar revolucionario”, Asunción, 01/08/1928 (AG-09-01-011).

¹⁵ *El marítimo*, 7/12/1928 (AG-11-0-001).

¹⁶ *La Protesta*, 25-12-1928, citado en Hernández (2016: 224).

¹⁷ UOP, “Resolución adoptada ante la grave amenaza de guerra entre Bolivia y el Paraguay” (AG-09-01-015).

interesante cambio de tono, la prédica antiguerrera del bloque obrero-estudiantil anarquista se aglutinó, alejándose del pacifismo irreductible del CORP (organización que dejó de existir), en torno a la denuncia de la agresión boliviana (títere del “imperialismo yanqui”, representado en la empresa petrolera *Standard Oil*) y la negligencia e inutilidad del gobierno liberal, demostrando “que todo el régimen institucional del momento presente se halla en vías de rápida e inevitable descomposición”¹⁸.

Un mes más tarde, otro manifiesto del mismo grupo (firmado por los estudiantes Creydt, Barthe, Aníbal Codas y Cosme Ruíz Díaz), depositaba nuevamente la responsabilidad de la crisis general del país –de la cual la guerra del Chaco era una de sus manifestaciones– a la “dictadura liberal”, oligarquía inoperante que había traicionado los ideales de la Constitución de 1870. El manifiesto les valió la cárcel a los firmantes del documento y a otros estudiantes revolucionarios, reforzando, paradójicamente, la denuncia estudiantil.

En una lectura original de la historia paraguaya, enraizada en una tradición del pensamiento liberal radical, el manifiesto reivindicaba las dos revoluciones paraguayas (1811 y 1870) que habían librado al país de gobiernos tiránicos, pero siendo traicionadas después por gobiernos autoritarios y dictatoriales. De la misma forma que las dictaduras de Francia y los López en el siglo XIX habían traicionado la revolución de independencia; la oligarquía liberal, una casta política incapaz e ineficiente, había traicionado los principios libertadores de la Constitución de 1870, había vendido la “soberanía popular al oro extranjero” y cedido el Chaco al invasor boliviano. Había establecido, además, un sistema feudal de explotación de los recursos del país, beneficiando a empresas extranjeras y esclavizando a los trabajadores. El liberalismo, pues, había agotado su ideario y destruido el país. Los firmantes del manifiesto llamaban a luchar por una “revolución” que restaure el principio de la soberanía popular, “suprimiendo las oligarquías que nos gobiernan” y que llevara a cabo “la defensa del solar nativo contra los enemigos de fuera, previa su reivindicación en favor del pueblo”¹⁹.

En agosto de 1929, el grupo publicó su documento más importante, que daría nombre al fenómeno político por ellos protagonizado: “Nuevo Ideario Nacional: manifiesto a los trabajadores y hombres jóvenes de todos los partidos”²⁰. El documento retomaba los planteos del manifiesto anterior (denuncia de la crisis política y moral del régimen liberal, devenido en “dictadura policial”, sometido a la política imperialista de los EE. UU. y dispuesto a entregar el Chaco a Bolivia), recurría a la oposición generacional –frente a las generaciones caducas– y se planteaba desde un nosotros latinoamericanista, en un frente que se oponía al avance imperialista del capitalismo norteamericano y las dictaduras serviles, que debía ser enfrentado desde un hermanamiento obrero-estudiantil. Renegaba de la acusación de “comunistas” y rechazaba las ideas marxistas (“punto de vista ampliamente superado”, “doctrina materialista, que no reserva ningún lugar al noble vuelo del espíritu, desoye las palpitations del corazón humano”). Contrariamente, se reivindicaba como parte de otra tradición, la de un “socialismo latino”: “elaboración amplificada y extensiva de la doctrina liberal proclamada por la Revolución Francesa y recogida por nuestra revolución de Mayo” (Nuevo Ideario Nacional, 2013 [1929]: 5). Reconocían como único punto de contacto con la Revolución Rusa, a la que celebraban desde la distancia, “el común anhelo de redención social” y consideraban la

¹⁸ *Boletín del Consejo de R. de Obreros y Estudiantes*, 4/1929 (AG-17-14-010).

¹⁹ “Nuestro nacionalismo” [manifiesto], 14/5/1929 (AG-09-01-030).

²⁰ Entre los firmantes del documento y miembros más destacados del NIN figuraban Oscar Creydt, Obdulio Barthe, Aníbal Codas, Humberto Amábile, Cosme Ruíz Díaz (maestro), Augusto Cañete, Alejo Flecha (mecánico), Sinforiano Buzó Gómez, Gregorio Vidal, Francisco Sánchez Palacios, Aparicio Gutiérrez, Leopoldo Ruíz (zapatero), Ciriaco Duarte (tipógrafo), F. Florentín (pintor), Máximo Pereira, entre muchos otros.

doctrina marxista –materialista y economicista– como apta para aquellas realidades asiáticas, más no para la realidad latinoamericana, dónde la “nueva generación” “rechaza todos los moldes o modelos de procedencia europea” y poniéndose como misión “forjar o descubrir el espíritu de la América nueva, libre de ingredientes exóticos, bebiendo en las fuentes profundas de su tradición nativa, la visión de su destino propio y singular” (NIN, 2013 [1929]: 7).

Continuando con el tono esbozado en el manifiesto anterior, el documento trazaba una genealogía socialista y liberal a través de la historia paraguaya, iniciada con la revolución de los Comuneros en la época colonial y marcada especialmente por la Revolución de mayo de 1811 y la “segunda emancipación” de 1870, que se expresaba en los ideales de independencia y soberanía popular, emancipación de la servidumbre, limitación de la propiedad privada y distribución equitativa de la riqueza.

La oligarquía liberal, denunciaban, destruía la soberanía popular, se montaba en una arcaica y feudal explotación económica basada en el latifundio que al mismo tiempo resultaba servil al capitalismo extranjero y condenaba a la mayoría de los paraguayos a la servidumbre y esclavitud. En el caso del conflicto chaqueño, desde el NIN rechazaban la invasión de la “dictadura boliviana” –avanzada del imperialismo norteamericano– pero demandaban el reparto de la tierra para los paraguayos.

El programa consistía en el establecimiento de un “nuevo orden” económico, una “socialización de la riqueza” en el que “el régimen individualista y egoísta de la actualidad será reemplazado por un sistema de cooperación y solidaridad”, en una suerte de “fusión y cooperación de todas las fuerzas económicas del país, sobre la base de libres cooperativas y sindicatos federalizados, constituyendo una totalidad orgánicamente coordinada” que “multiplicará la potencia colectiva de los esfuerzos individuales, desarrollando notablemente las energías productoras propias de la nación y preparando de este modo el terreno para una gran evolución industrial, independiente de la economía extranjera” (NIN, 2013 [1929]: 32).

Este nuevo ordenamiento económico tendría su correlato político en la toma del poder político por las masas insurrectas, bajo la consigna de “todo el poder al pueblo trabajador”, desalojando a los “directorios de los partidos políticos tradicionales” y destruyendo las “camarillas políticas”. El sistema representativo parlamentarista sería reemplazado por un sistema de gobierno de “democracia directa” basado en consejos o comunas libertarias, inspiradas en la “tradición comunera del Paraguay” y formadas por libres comunidades urbanas y rurales, asociadas a nivel nacional en un sistema federativo bajo el nombre de “República Comunera”. La administración pública de carácter más “técnico” o de “servicios” quedaría a cargo de sindicatos y/o corporaciones pertinentes en cada rubro (industria, educación, salud, etc.). Tal sistema de gobierno, que combinaba democracia comunal y una suerte de corporativismo, era planteado como una

síntesis entre los dos nuevos sistemas de organización política aparecidos en Europa después de la guerra mundial, a saber: el régimen de los consejos de obreros, campesinos y soldados implantados en la Rusia de los Soviets [...] y el régimen corporativo o sindicalista instituido en Italia por la *Carta del Lavoro* de Mussolini. (NIN, 1993 [1929]: 93).

La afirmación, ciertamente el fragmento más raro, ambiguo y polémico del manifiesto, debe ser sin embargo matizada. En otra parte del mismo documento se denunciaba categóricamente, como “tiranía fascista”, “la obra execrable de Mussolini y Primo de Rivera” (NIN, 1993 [1929]: 21). En verdad, bajo la estrambótica explicación arriba mencionada, los autores del manifiesto apuntaban a la “faceta sindical” del fascismo, como un ejemplo (raro y posiblemente erróneo) de lo que ellos, desde otro tipo de organización e ideología, comunal y libertaria, tenían pensado hacer. Se trataba, como bien explica Bogado Tabacman (1991), de que los miembros del NIN entendían su anarcosindicalismo “como un corporativismo sindicalista de tipo democrático, pero que no guarda ninguna relación con el sindicalismo en el régimen fascista o con el régimen fascista en su conjunto” (p. 440).

Más allá de que un análisis detallado del documento rebasa los límites de este trabajo, mencionaremos puntualmente algunas cuestiones. Supuso ciertamente una ruptura con las tradiciones de izquierda locales, manifestada en los propios firmantes, que provenían mayormente de la tradición liberal y anarquista. La militancia anarquista fue absorbida por el movimiento y sus adversarios socialistas se vieron derrotados, reducidos y dispersos. Sectores importantes de obreros que respondían a partidos tradicionales fueron ganados, a su vez, a la prédica “maximalista”.

De manera no del todo coherente, el NIN retomaba viejos planteos libertarios presentes en la tradición anarquista del Paraguay²¹ y los integraba en un discurso “nacional”, que no se contraponía necesariamente al ambiente patriótico y nacionalista de la preguerra del Chaco y que constituía la base de un programa político *sui generis* intrínsecamente heterodoxo. Como manifestación de ello, ha existido una enorme dificultad a la hora de ubicar el NIN dentro de las corrientes de izquierda tradicionales. Oscar Creydt (2007), uno de sus ideólogos, opinaba que se trataba de un movimiento “pequeñoburgués revolucionario”, agrarista y antiimperialista (p. 157). Ciriaco Duarte, otro de sus integrantes, lo definía como “socialista libertario y comunalista” (Quesada, 1985: 23). Para Francisco Gaona era la expresión de un “socialismo nacional”²² y para un perspicaz informante anónimo de la Policía se trataba de un movimiento “anarco-comunista” (Cámara de Diputados, 1988: 124).

Por otra parte, una fracción importante de sus integrantes no dudaba en autodenominarse “anarquista”, especialmente aquellos obreros y estudiantes que ya provenían de una militancia anterior en el CORP (Quesada, 1985: 60). En todo caso, en el manifiesto se afirmaba una filiación socialista “latina”, inspirada tanto en la propia historia nacional del Paraguay como en la tradición iluminista occidental, en una reactualización original de temas recurrentes en la historia del liberalismo radical-progresista paraguayo, de gran influencia al interior de las organizaciones obreras del país, tanto anarquistas como socialistas²³.

²¹ Temáticas recurrentes, como los vicios del sistema político, las interminables disputas facciosas de la oligarquía, y el régimen feudal y esclavista vigente en las empresas explotadoras de los recursos del país, ya se encontraban presentes en los considerados del Pacto fundacional del CORP (AG 09-05-017) y también en la obra del intelectual anarquista Rafael Barrett.

²² Algunos acontecimientos obreros y políticos [diario de F. Gaona] (AG-01-11-001).

²³ Como menciona Milda Rivarola (2010) en su recorrido por el discurso y la praxis de los primeros militantes obreros anarquistas y socialistas de inicios del siglo XX, uno de los elementos del discurso de la izquierda que mayores problemas enfrentó para implantarse en el país fue el del “internacionalismo”. El patriotismo y los prejuicios xenófobos eran muy comunes entre los trabajadores paraguayos: algunos obreros paraguayos usaban el término “extranjero” como descalificativo hacia otros dirigentes en sus disputas, mientras que al mismo tiempo eran usuales “vivas a la República del Paraguay” y la utilización de la “bandera patria” en los actos y manifestaciones de la federación anarquista (p. 175).

En efecto, el del NIN era un socialismo nacional, pero a la vez libertario; reinterpretaba el internacionalismo en clave “nuestroamericana” y antiimperialista; incluso reactualizaba la prédica anticlerical abandonando el laicismo irreductible de las tradiciones de izquierda locales al reivindicar la religiosidad popular y haciendo el esfuerzo por identificar las primitivas tradiciones cristianas con las ideas del socialismo (NIN, 1993 [1929]: 69). En cierta manera, también había una crítica “arielista” al industrialismo y tecnicismo de la “decadente” civilización europea y la propuesta de una sociedad basada en pequeñas unidades agrarias:

trabajemos en estrecha unión y colaboración, todos los hijos de la tierra paraguaya, por crear nuestra propia civilización, menos urbana e industrial, tal vez, que la de los países capitalistas, y por lo tanto, menos artificial, mecanicista y materialista que ésta, pero, en cambio más campestre y agrícola, más natural y humana, más libre y más hermosa (NIN, 1993 [1929]: 85).

También se hacía referencia a una suerte de reivindicación “étnico-racial” que, junto a las referencias campesinistas, conformaban el elemento más “telúrico” del NIN. En sus palabras, la “alianza nacional libertadora” que debía llevar adelante la revolución, supondría también la “restauración del alma nativa o criolla”, la “irrupción violenta y súbita” de las “capas inferiores de la sociedad” protagonizando “el renacimiento del espíritu legendario y ancestral de la raza, que dormita quietamente bajo el peso agobiador de una secular opresión”. Se trataba de una nación oprimida bajo el yugo del elemento extranjero o mestizo, heredero de la conquista. Así,

nuestra revolución tendrá el sentido de una sublevación del elemento típicamente guaraní o americano, conservado latente en la gruesa masa del pueblo, contra el predominio del espíritu europeo o ariano, representado por la burguesía, o sea, la clase propietaria, y por la casta gobernante (NIN, 1993 [1929]: 101).

En este último punto podemos encontrar semejanzas con algunos elementos del discurso nacionalista antiliberal, por aquel entonces en proceso de expansión: al igual que éstos se consideraba al régimen liberal como expresión de una oligarquía política “antinacional” (representada en la burguesía extranjera o extranjerizante y en la casta política a ella vinculada, incluso en términos “étnicos”), que había llevado al mismo tiempo a una situación de inestabilidad política permanente, extremadamente perniciosa para el desarrollo social, económico y moral del país. Sin embargo, el NIN se alejaba de los intelectuales nacionalistas en algunos puntos fundamentales: rechazaba abiertamente el “lopizmo” (la genealogía nacional se mantenía dentro del liberalismo progresista) y, en consecuencia, situándose en un plano social, su crítica del liberalismo no partía de las referencias a una pasada “edad de oro” sino a un futuro revolucionario y progresista, anclado eso sí en la histórica tradición de resistencia a la “opresión colonial”.

El movimiento insurreccional de 1931

Las actividades del NIN se fueron acrecentando a partir de entonces. Se trataba de un movimiento muy laxo: no había asambleas ni reuniones formales, “alguna gente dejaba de participar, aparecían otras personas, era así medio inestable” (Creydt, 2007: 139).

A pesar de la represión y deportación de algunos de sus más destacados militantes (entre ellos, Oscar Creydt, detenido y expulsado del país en 1930), el movimiento comenzó a

extenderse al interior del movimiento obrero, en un clima de acentuada radicalización. El impacto en la militancia socialista fue notorio, comenzando a perder terreno frente al NIN. El golpe de mano que cambió la relación de fuerzas en el mundo sindical se dio en octubre de 1930, cuando, aprovechando la ausencia del dirigente marítimo Daniel Villalba²⁴ (que se encontraba en Moscú participando de la Internacional Sindical Roja como parte de la delegación socialista paraguaya), el NIN logró reorganizar el Comité Ejecutivo de la LOM, arrebatándolo de la órbita del socialismo reformista y poniendo en la secretaría general a Augusto Zaracho, gracias a un acuerdo con militantes que respondían a dirigentes liberales disidentes.

Para entonces, los nubarrones de la crisis internacional de 1929 comenzaban a hacerse notar en el país. La economía paraguaya, luego del auge relativo de mediados de la década, entró en una crisis duradera en la conflictiva sucesión de trastornos que implicó la crisis internacional de 1929-1930, el estallido de la Guerra del Chaco (1932-1935) y el inicio de la Segunda Guerra Mundial en 1939. La crisis mundial de 1929-1930, en principio, implicó un marcado descenso del comercio exterior, pero lo más duro de la misma comenzó en 1931, con la instauración del “control de cambios” en octubre de ese año en la Argentina, hecho que frenó la entrada de divisas en Paraguay, reduciendo las importaciones y afectando al presupuesto gubernamental. El gobierno paraguayo, mediante su propia Oficina de Cambios, intentó negociar desde entonces “cuotas” de acceso a la moneda argentina con dicho gobierno, pero se vio aquejado por una permanente falta de liquidez.

En este contexto de radicalización, y ante el creciente desempleo originado por la crisis económica que afectaba fuertemente al sector de la construcción, la Sociedad de Obreros Albañiles y Anexos (con el apoyo de las otras organizaciones del sector: ebanistas, pintores y mosaístas) inició, a fines de 1930, una huelga reclamando el establecimiento de turnos de trabajo como paliativo para absorber a los cada vez más numerosos trabajadores desempleados. Las negociaciones se empantanaron debido a la intransigencia gubernamental, que presionaba a las patronales a desconocer al belicoso sindicato de albañiles, liderado por los anarquistas. La estrategia gubernamental se enfocó en la promoción de un grupo disidente de carácter mutualista –la Sociedad de Socorros Mutuos de Albañiles– presidida por el militante liberal radical Salustiano Centurión y en la que eran admitidos, en carácter de miembros honorarios, el presidente de la República, José P. Guggiari, el arzobispo Monseñor Juan S. Bogarín y el Jefe de Policía, Luis Escobar.

Como respuesta a estas provocaciones gubernamentales, a inicios de 1931 el activismo sindical se congregó en torno a un Comité Mixto de Delegados (CMD), que reunió a militantes combativos de diferentes gremios, en el que confluyeron militantes socialistas, comunistas y anarquistas, teniendo estos últimos la iniciativa (Gaona, 2008: 190). Como primera medida, el CMD llamó al boicot general a las empresas constructoras, en solidaridad con los albañiles en huelga.

²⁴ Sindicalista moderado y de conocidos vínculos con el radicalismo (facción liberal en el poder), que conducía el gremio desde la victoriosa huelga de 1921. Los referentes socialistas (Francisco Gaona, Rufino Recalde Milesi y Daniel Villalba) fueron invitados a participar, en nombre de la Unión Obrera del Paraguay (UOP, central socialista) del V Congreso de la Internacional Sindical Roja y de la Conferencia Sindical Latinoamericana, realizada en Moscú (agosto-septiembre de 1930), donde fueron intimados a definirse sobre su adhesión o no a las organizaciones sindicales comunistas. Ante su rechazo –temían la ilegalización por parte del régimen liberal por lo que habían propuesto sólo adherirse “en principio”– la UOP fue tachada de “reformista, vacilante, contrarrevolucionaria y colaboradora del régimen”. La delegación obrera paraguaya en Moscú [capítulo inédito de la obra de F. Gaona] (AG-02-14-001).

A inicios de febrero, el gobierno firmó, mediante el Jefe de Policía –“mediador” en el conflicto no reconocido por la Sociedad de Resistencia-, un acuerdo con Centurión y la Sociedad de Socorros Mutuos, desconociendo toda la negociación anterior entre los albañiles y la Sociedad de Constructores. El CMD recurrió, en consecuencia, a la acción directa y Centurión fue ejecutado a balazos el 11 de febrero. La reacción del gobierno fue automática: aprovechando la conmoción provocada por el crimen, toda la directiva del Sindicato de Albañiles fue llevada a prisión²⁵.

El boicot continuó y el 14 de febrero el gobierno exhortó al CMD a terminarlo en un plazo de 48 hs. Los socialistas Francisco Gaona y Rufino Recalde Milesi, que intentaban contener el “avance pequeño burgués sobre el movimiento obrero”, consideraron que era momento de una “retirada estratégica” ante la contraofensiva gubernamental, pero su posición no fue secundada: el socialismo había perdido demasiado terreno al interior de las organizaciones²⁶. Contrariamente, el CMD publicó un manifiesto en el que denunció la campaña de la prensa burguesa adicta al régimen y las torturas a las que eran sometidos los albañiles presos y llamó a sostener la lucha²⁷. El presidente Guggiari y su gabinete, utilizando como excusa dicho manifiesto, firmó el Decreto Nro. 39.436, “por el cual se prohíben el funcionamiento de varias asociaciones obreras” y estableció, además, el Estado de Sitio en Asunción y localidades circunvecinas²⁸. Se ilegalizaba allí la militancia sindical combativa que había promocionado el boicot: se disolvía la LOM, los sindicatos de Albañiles, de Pintores, de Obreros Ebanistas, de Mosaístas, la Federación Obrera del Calzado e incluso la FOP socialista, es decir, los integrantes del CMD. A partir del 17 de febrero comenzó la represión: el local de la LOM fue asaltado y su archivo y biblioteca destruido, y cientos de obreros fueron encarcelados en los días siguientes.

El activismo gremial, duramente golpeado por la represión, llamó a la huelga general²⁹, llamado que tuvo escasa repercusión en los trabajadores pero que coincidió con nuevas noticias llegadas desde el sur del país. En efecto, un día después de que se publicaran dichos decretos y del comienzo de la escalada represiva, los medios asuncenos se hacían eco de una noticia al parecer increíble: la ciudad de Encarnación (Departamento de Itapúa) había sido asaltada por una “banda de comunistas”³⁰, que la habían retenido en su poder durante dieciséis horas. Se trataba del hecho que pasaría a la historia como la Toma o Comuna de Encarnación, entre el 20 y el 21 de febrero de 1931.

La prensa liberal oficialista ligó ambos acontecimientos y definió todo el conflictivo proceso del 11 al 20 de febrero como un intento subversivo general de conformar una “república comunista”³¹. Si bien al gobierno no le faltaba razón, como recordarían algunos protagonistas muchos años después, no todos los miembros del CMD estaban al tanto de la

²⁵ *El Liberal*, órgano oficialista, siguió especialmente los pormenores del crimen por varias semanas, expresando las informaciones oficiales (12 de febrero de 1931 y días siguientes). *La Tribuna*, vocero de la facción liberal opositora, siguió el caso desde una posición moderada.

²⁶ “Algunos acontecimientos obreros y políticos” [diario de F. Gaona] (AG-01-11-001).

²⁷ Consejo Mixto de Delegados, *Manifiesto a los Trabajadores y hombres libres de la región* (AG-09-02-002).

²⁸ Reproducido en *El Liberal*, 19/02/1931, y *La Tribuna*, 20/02/1931 (BNP). Decreto N°9337 “que establece el Estado de Sitio en Asunción y localidades vecinas”, Asunción, 18/02/1931. *Registro Oficial de la República del Paraguay*, 1932, p. 150.

²⁹ *Paro General del Trabajo. Manifiesto al Pueblo y los Trabajadores* (AG-09-02-003).

³⁰ “La Ciudad de Encarnación cayó en poder de una banda de comunistas...”. *El Liberal*, 21/02/1931 (BNP).

³¹ “La aprovechada revolución comunista se preparó con sigilo y desde mucho tiempo atrás”. *El Liberal*. 04/03/1931 (BNP).

intentona insurreccional ni participaban de ella. El movimiento revolucionario de Encarnación había sido obra exclusiva del NIN, en alianza con algunos caudillos o sectores radicalizados de las facciones disidentes de los partidos tradicionales, que los militantes socialistas reformistas -como Francisco Gaona o Rufino Recalde Milesi- desconocían por completo. La toma de Encarnación formaba parte de un plan insurreccional nacional que, debido a la represión desatada días antes por la muerte de Centurión, no llegó a desarrollarse tal como los revolucionarios lo habían previsto.

Para entonces, el NIN había extendido su actividad política más allá de la alianza obrero-estudiantil original: también “se conspiraba en los cuarteles, con base de suboficiales y soldados” (Quesada, 1985: 62). Este movimiento revolucionario se vio reforzado además por la afluencia de militantes obreros “schaeristas” y “modestistas”³², dando lugar a un movimiento insurreccional que la policía del régimen denominaba con el estrambótico nombre de “anarco-modesto-schaerista” (Cámara de Diputados, 1988: 123). Esta colaboración inédita se daba en el marco de una estrategia de acción político-sindical que los militantes obreros y estudiantiles denominaron “frente único”. No podemos descartar que esta estrategia se haya basado en la vieja línea de la IC –para entonces, ya reemplazada por la de “clase contra clase”–, pero lo cierto es que los animadores del movimiento, que no estaban disciplinados al comunismo internacional, la utilizaron con un criterio realmente amplio. Según informes de la policía, este frente único “anarco-modestista” se encontraba en plena actividad desde octubre de 1930, cuando logró cambiar la comisión directiva de la poderosa liga marítima. En torno a este bloque, posteriormente “se reunieron todos los caudillos de segundo orden del schaerismo, la totalidad de los modestistas con su jefe y la totalidad de los anarquistas” (Cámara de Diputados, 1988: 123).

La línea de “frente único” guiaba, como dijimos, a los obreros y estudiantes “anarco-comunistas”. Lo más sorprendente, sin embargo, era la activa participación de los liberales disidentes, especialmente los “schaeristas”, cuyo discurso, hasta poco tiempo atrás, era abiertamente conservador. Un informe titulado “Prolegómenos de la subversión”, redactado por un informante policial a raíz de los sucesos del 23 de octubre³³, se preguntaba por esta confluencia. En palabras del informante, “los políticos conservadores”, que creían “poder llegar al poder con el concurso de los anarquistas, se equivocaban lamentablemente”, pues éstos, “con una orientación bien determinada, con finalidad concreta”, controlaban el movimiento “apenas se producía cualquier acto de carácter colectivo”. De esta manera, intentando utilizar al movimiento “anarco-comunista” (así llamaba el informante al NIN) a su favor, “se convirtieron ellos en instrumento de los anarquistas”, “mucho más avezados en las luchas, en las calles y en el motín”, con el efecto de que, “en todas estas conmociones populares, los políticos liberales y pequeños burgueses” hayan “marchado a la zaga de los anarco-comunistas” (Cámara de Diputados, 1988: 124).

La dura represión desatada luego del asesinato de Centurión desarticuló la insurrección planificada en la capital, ya que quiénes debían provocarla fueron cayendo en prisión antes de poder llevarla a cabo. El movimiento de Asunción, según los complotados, debía estar acompañado por “insurrecciones populares” en las ciudades de Villarrica, Concepción y

³² Seguidores de los dirigentes liberales disidentes Eduardo Schaerer y Modesto Guggiari.

³³ El informe manejaba con inusitada perfección los conceptos, definiciones y estrategias del mundo político-sindical paraguayo e identificaba perfectamente a cada grupo, sin caer en el vulgar rótulo “comunista” común en la prensa oficialista. Por la “jerga” utilizada (“políticos conservadores”, “intelectuales pequeño-burgueses”, “obreros ácratas”, “comunistas de Moscú”, etc.), sospechamos que se trataba de un personaje proveniente, o muy cercano, a las propias filas obreras.

Encarnación, más levantamientos campesinos en Arroyos y Esteros, Yhú, Maciel y Sosa (Quesada, 1985: 65). Sin embargo, el fracaso en Asunción y Villarrica dejó en consecuencia a los revolucionarios aislados en la localidad sureña de Encarnación.

La toma de Encarnación fue realizada sin mayor resistencia -contaron al parecer con la complicidad del pequeño destacamento policial y de guardiamarinos y trabajadores de la ciudad- y el grupo revolucionario, compuesto por unos 80 hombres armados y liderado por Facundo Duarte (caudillo liberal disidente), Obdulio Barthe, Félix Cantalicio Aracayú, Humberto Amábile y Ramón Durán, entre otros³⁴, luego de ocupar el cuartel de la Subprefectura del Puerto, la Aduana y la estación del ferrocarril, procedió a desconocer “toda autoridad del gobierno capitalista actual”, proclamó “la guerra a los explotadores económicos y políticos” y declaró a Encarnación como “comuna revolucionaria”³⁵. Durante las horas en que la ciudad estuvo en sus manos los revolucionarios procedieron a requisar algunos comercios y dependencias públicas. El delegado de gobierno de Itapúa huyó de la ciudad sin defenderla.

Enterados del fracaso de la insurrección en el resto del país, el grupo revolucionario decidió dividirse. Un grupo, liderado por Duarte, se retiró al interior del país, donde se mantuvo en la clandestinidad apoyado por campesinos. Otro grupo, liderado por Barthe, se subió a dos embarcaciones en el puerto -el vapor “Bell” y la chata “Esperanza”, ambas pertenecientes a la Compañía Barthe- y remontando el Paraná hacia arriba se dirigieron a Foz de Iguazu, no sin antes detenerse en algunos puertos forestales en busca de víveres y aprovechando para destruir archivos y registros de deudas con las que las empresas yerbateras esclavizaban a los peones. Llegados a la frontera, se entregaron a las autoridades brasileñas (Quesada, 1985: 83). Un tercer grupo, entre los que se encontraban Aracayú, Amábile y Durán, se quedó en la ciudad y fueron posteriormente detenidos, al llegar los refuerzos enviados desde las colonias de Hohenau y Cambyretá. La insurrección había fracasado.

A pesar de la represión, el clima de conflictividad no decayó en los meses siguientes, acompañado de la radicalización política y de los incidentes fronterizos, cada vez más frecuentes, entre fuerzas paraguayas y bolivianas en el Chaco. Tanto al interior del movimiento estudiantil como en el ejército se sucedían las reuniones opositoras y conspiraciones. Se denunciaba al gobierno por sus leyes “liberticidas” y la “indefensión del Chaco”. En abril, llegaron a Asunción noticias acerca de un conflicto sucedido en un fortín chaqueño -el fortín Coronel Martínez- donde la guarnición de 250 soldados, mayormente conscriptos que sobrevivían en penosas condiciones, intentó desertar y los oficiales sofocaron la “subversión” con el resultado de tres conscriptos muertos y 8 heridos. La noticia se propagó y una manifestación popular se concentró en torno al cuartel de Campo Grande (en las afueras de Asunción) e incluyó a jefes políticos opositores, oficiales del ejército y militantes obreros anarquistas de diferentes gremios: albañiles, zapateros, pintores, ebanistas, etc., con el objetivo de presionar al reticente mayor Rafael Franco -líder de los oficiales descontentos- para que se sublevara (Rivarola, 1993: 44; Cámara de Diputados, 1988: 125).

³⁴ Entre los otros participantes del movimiento podemos mencionar a Facundo Duarte (hijo), Tomás Mayol, Aurelio Alcaraz, Ignacio Mas, Marcos Kanner (argentino, militante anarco-comunista radicado en Posadas), César Pérez, Justo Gaona (padrastró de Obdulio Barthe), los tres hermanos Lezcano, entre muchos más (Bogado Tabacman, 1991: 413-415).

³⁵ “Manifiesto al Pueblo. Declaraciones del Consejo Revolucionario”, 20/02/1931. Reproducido en *El Liberal*, 22/02/1931 (BNP).

Actuando desde la clandestinidad, los obreros anarquistas intentaron reorganizar sus gremios entre agosto y septiembre. Para entonces, ya se encontraban funcionando varias organizaciones mutualistas rivales, propiciadas por el gobierno, y en la que participaban algunos antiguos militantes socialistas, cada vez más desprestigiados. El “frente común” antiliberal seguía vigente, y en el universo de las reuniones clandestinas conspirativas, desde el NIN se sostenía la necesidad del recurso a la acción directa, mediante el ajusticiamiento de los traidores “mutualistas” y de altos miembros del gobierno (Cámara de Diputados, 1988: 119-133).

La ocupación boliviana del fortín Samaklay en el Chaco desencadenó, en octubre de 1931, una amplia manifestación opositora, liderada por el movimiento estudiantil, nuevamente bajo la denuncia de la indefensión ante la agresión boliviana. El 22 de octubre, una marcha estudiantil recorrió las calles asuncenas y luego de arengas y proclamas revolucionarias terminó con el apedreamiento de la casa del presidente. A la madrugada del día siguiente, en el local de la clandestina Sociedad de Albañiles, se planeó una manifestación para esa mañana frente al Palacio de Gobierno que, según los informantes de la policía, sería aprovechada para asesinar al presidente y al ministro del interior. La manifestación, en la que participaron dos mil personas, incluyó el apedreamiento de la imprenta del oficialista diario *El Liberal* antes de llegar al Palacio de gobierno. Según la versión policial, de cien complotados, al menos treinta estaban armados. Finalmente, esa mañana del 23 de octubre la guardia del Palacio, que había sido reforzada debido a estos alarmantes informes policiales, abrió fuego a los manifestantes, originando la muerte de al menos once personas e hiriendo gravemente a otra veintena (Rivarola, 2010: 298).

La “masacre del 23 de octubre” implicó un cimbronazo político de dimensiones desconocidas hasta entonces. Los diputados colorados opositores renunciaron al Parlamento y se declararon en “estado de rebeldía”, mientras que Guggiari, presionado por su propio partido, se sometía a juicio político y cedía el poder a su vice. Al mismo tiempo, se desataba una represión general bajo el mando del nuevo Jefe de Plaza, el mayor Arturo Bray, que asumía prácticamente la suma del poder público. Se impuso el “estado de excepción” y se suspendió la mayoría de las garantías constitucionales. Cientos de militantes políticos, sindicales y estudiantiles fueron deportados y la oposición fue ilegalizada, su prensa censurada y sus locales asaltados. El movimiento insurreccional había sido derrotado.

El movimiento izquierdista aglutinado en torno al movimiento estudiantil y las organizaciones obreras anarquistas se disolvió en el exilio, arrastrando en su dispersión a gran parte de la izquierda paraguaya. En un ambiente marcado por la Guerra del Chaco, y en un proceso muy difícil, la mayor parte de esta militancia comenzó paulatinamente a reorganizarse, de la mano de las redes del comunismo internacional, confluyendo posteriormente gran parte de los miembros del NIN en un renovado Partido Comunista Paraguayo, a partir de 1933.

Conclusión

En 1929, con la constitución del Nuevo Ideario Nacional (NIN), la izquierda paraguaya cambió su fisonomía. Se trató de un movimiento político que, con base en el movimiento estudiantil reformista y militantes obreros anarcosindicalistas, manifestaba la formación en el Paraguay de una izquierda nacional, en el sentido de que reflexionaba sobre problemas concretos del país, a los que planteaba respuestas particularmente originales, vagamente inspiradas en el anarquismo o en un socialismo libertario *sui generis*.

En el contexto de la crisis del régimen liberal paraguayo el NIN representó una irrupción intempestiva: con un fuerte impulso, durante su fugaz existencia, absorbió la militancia anarquista y se expandió rápida y notablemente al interior del movimiento obrero. En consecuencia, un cambio notable se manifestó al interior del anarquismo paraguayo: se procedió a un mayor pragmatismo con respecto a los partidos tradicionales y el ejército y se adoptó una estrategia política, específicamente formulada para el Paraguay. Consecuentemente, el NIN derivó en un movimiento político insurreccional de inspiración libertaria, cuyo acto más audaz fue la llamada Toma de Encarnación, el 19 de febrero de 1931, ciudad que durante dieciséis horas fue transformada en “comuna libertaria”.

El fracaso de la insurrección de febrero de 1931 y de otros posteriores a lo largo de dicho año, significó el inicio del fin de esta particular experiencia política. En los años siguientes, en el contexto de la Guerra del Chaco (1932-1935), el radicalismo obrero-popular aglutinado en el NIN se transformaría profundamente y sería absorbido mayormente por el renovado Partido Comunista Paraguayo (PCP). La reorganización de la militancia obrera y popular paraguaya, aunque con casi los mismos nombres, se haría en un contexto radicalmente distinto, bajo gobiernos militares nacionalistas, y sobre bases programáticas, métodos de lucha y formas organizativas diferentes.

Bibliografía

- Abente, Diego (1989): “The Liberal Republic and the Failure of Democracy”, *The Americas*, Vol. 45, No. 4., pp. 525-546.
- Artaza, Policarpo (1946): *Ayala, Estigarribia y el Partido Liberal*, Editorial Ayacucho, Buenos Aires.
- Barrett, Rafael (1988): “Lo que son los yerbales”, en *Obras Completas* (vol. 2), ICI-RP Ediciones, Asunción.
- Bogarín, Juan Sinfioriano (1986): *Mis apuntes*, Editorial Histórica, Asunción.
- Bogado Tabacman, Eduardo (c. 1991). *Formación del Partido Comunista Paraguayo, 1923/35: clase, socialismo y sistema político en el Paraguay de los años 20*. Mimeo, Asunción.
- Campos Doria, Luis (2010): *Apuntes de historia económica del Paraguay*, Intercontinental Editora, Asunción.
- Colmán Duarte, Evaristo (2002): *Nacionalismo e movimento operário na origem do Estado Nacional Revolucionário Paraguaio, 1936-1947*. Tesis de doctorado. Assis, SP, Universidade Estadual Paulista.
- Creydt, Oscar (2007): *Formación histórica de la Nación Paraguaya. Pensamiento y vida del autor*, Servilibro, Asunción.
- Duarte, Ciriaco (1987): *El sindicalismo libre en el Paraguay*, RP Ediciones, Asunción.

Galeano, Luis (2008): *La hegemonía de un Estado débil*, CPES, Asunción.

Gaona, Francisco (2008 [1988]): *Introducción a la historia gremial y social del Paraguay* (t. 2), Germinal – Arandurá Editorial, Asunción.

Herken Krauer, Juan Carlos (2011): “Crecimiento económico en el Paraguay. La herencia de las dos guerras: 1864-70 / 1932-35”, en Fernando Masi y Dionisio Borda (eds.), *Estado y economía en Paraguay 1870-2010*, CADEP, Asunción.

Hernández, Juan (2016): *La guerra del Chaco. Conflictos sociales, oposición política, debates intelectuales (1928-1935)*. Tesis de doctorado. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Quesada, Fernando (1985): *1931. La toma de Encarnación*, Rafael Peroni Editor, Asunción.

Resquín, Ruperto (1978): *La generación paraguaya (1928-1932)*, Paraguay en América, Buenos Aires.

Rivarola, Milda (1993): *La contestación al orden liberal*, Centro de Documentación y Estudios, Asunción.

Rivarola, Milda (1995): “Partido Socialista Paraguayo (1914-1928)”, en *Pasado y presente de la realidad social paraguaya*, CPES, Asunción, pp. 543-556.

Rivarola, Milda (2010): *Obreros, utopías & revoluciones*, Servilibro, Asunción.

Rivarola, Milda (2017): “‘Todos son maximalistas’: la Revolución Rusa en el Paraguay a través de *El Diario* y *Bandera Roja*”, *Prismas*, 21, pp. 207-213.

Schvartzman, Mauricio (2011): *Contribuciones al estudio de la sociedad paraguaya*, Secretaría Nacional de Cultura, Asunción.

Fuentes consultadas

Éditas

Archivo del Liberalismo (1988): *El Mcal. López. Una sesión histórica en la Cámara de Diputados*, Archivo del Liberalismo, Asunción.

Cámara de Diputados (1988 [1932]): *Juicio Político iniciado a pedido de S. E. el Señor Presidente de la República Dr. José P. Guggiari con motivo de los sucesos del 23 de octubre de 1931*, Editorial Histórica, Asunción.

Nuevo Ideario Nacional: manifiesto a los trabajadores y hombres jóvenes de todos los partidos (2013 [1929]), La Colmena, Asunción. Transcrito y publicado por *Viento fuerte*, 2013. Consultado en abril de 2020, disponible en: <https://issuu.com/vientofuerte/docs/elnuevoideario>.

Inéditas

Reservorios documentales

Archivo Gaona (AG) – Asunción, Paraguay

Biblioteca Nacional del Paraguay (CNP) – Asunción, Paraguay